

MEN 1336

CDD 374.2 861

MOGOLLON ARAQUE

DIANAS DEL ALBA

CONFERENCIAS

**El autor obsequia la presente edición al
Directorio Liberal del Departamento
para los fondos del partido.**

Copartidarios!

Quieren varios caballeros que yo os diga algunas palabras en esta reunión; y aun cuando considero que mi voz está talvez por demás en la serie de macizas conferencias que venís escuchando, he de explicaros, al menos, por qué soy liberal.

Los expositores, polemistas, oradores y periodistas conservadores han dicho y repetido que la gran mayoría de los liberales no saben por qué son lo que son, es decir, que ignoran los fundamentos no solo filosóficos sino que también los modales de su ideología. Algun corifeo aseguró que el imán atraedor era sencillamente la eufonía del vocablo *liberal*, nada más, lo que equivale a un terrible improprio, pues, se deja así la voluntad sin cerebración, llegando a la inconciencia misma. Son numerosos los libros y folletos que se han publicado en ambos continentes en torno de esta versión, y aquí mismo en Colombia tenemos a Ignacio V. Espinosa, Carlos Arturo Torres, Rafael M. Carrasquilla &, &.

Ciertos autores piensan que el liberalismo se originó como una consecuencia de la revolución francesa, y que la Constitución de Inglaterra y la Carta de los Borbones son su comprobación. Otros opinan que el liberalismo proviene directamente del cristianismo. No falta quien, como Sebastián Moreno Arango, pretenda deducir que el liberalismo colombiano nació genuinamente de la traición del general Mosquera, y aún más: que es producto de las tinieblas que circundaban la noche del 25 de setiembre de 1.828.

Para mí tengo que el liberalismo es tan antiguo como la tierra que habitamos, como lo son también, intrinsecamente, el bien y el mal, el deber y el derecho, el concepto de lo justo y lo injusto, con este aditamento: en todo tiempo y dondequiera la tendencia liberal ha asistido en sus ordalias, cual un diligente curador, a la especie humana para endulzarle sus pesares, para levantarle en su nivel, para infundirle el fluido de la evolución. Como siempre he acostumbrado hablar y escribir con argumentos, ensayaré probaros el anotado aserto, aunque a la ligera. Las meras palabras, desprovistas de dialéctica, son apenas hojas secas que se lleva cualquier viento y que tienen como resultado el que los voceros del otro bando propalen y sostengan que los escritores, oradores y parlamentarios avanzados son unos pobres enfermos de lastimosa verborrea. Produce positiva pena contemplar cómo a nuestros abanderados se les tilda con el diti-

rambo de la ignorancia y la ineptitud. Hacia allá se encaminan panfletos como «El sí y el nó del liberalismo colombiano», «El liberalismo en las relaciones exteriores», «Los sofismas anticatólicos vistos con microscopio» &c. Ved, por consiguiente, cuántas son la urgencia y la conveniencia de instruir sobre materia tan importante a las masas populares.

A todos los circunstantes se nos enseñó en la escuela el cuentecito aquel de que el primer hombre apareció en Mesopotamia y de que el comienzo de nuestra peregrinación dolorosa fué la travesura de una ridícula serpiente, la cual, por lo visto, era enemigo nato de nuestro padre para quien, conforme al Génesis, fueron creados todos los animales. Pues bien: ese reptil no podía pertenecer desde luego a nuestro grupo, pero la víctima, esa inmensa víctima inocente, asistida por la honradez y la buena fé tenía que ser forzosamente liberal: concluimos entonces que el cristianismo, a la inversa de lo enunciado arriba, sí es derivación del pensamiento liberal. Después, en la tragedia que rompió el vínculo fraternal, se observa que Caín representa la regresión, que Abel personifica la bonhomía liberal. Esos desnaturalizados hermanos que diz que vendieron a José, preconstituyen los bajos instintos, al paso que el indefenso subastado encarna un holocausto liberal. ¡Decidme, de otro lado: ¿qué casta de sujetos fué aquella a la cual el Maestro llamó de mercaderes? Viniendo a través de la corriente histórica, se nota que el verdugo del perínclito José María Córdoba no podía pertenecer a nuestra agrupación, pero el gran caído sí era indiscutiblemente liberal. Acercándonos hasta las propias gradas del patrio capitolio, se constata que Galarza y Carvajal son rudos ejemplares de la retardación, trogloditas implacables, apéndices legítimos del ciclo medioeval, pero el famoso sacrificado debía ser liberal. Las manos impuras que suprimieron a Justo L. Durán no podían - ¡imposible! - pertenecer a su misma filiación política, pero él sí era un apóstol liberal. Los inicuos tigres que bebieron sangre en Salazar no podían sentir en sus mentes la inspiración liberal, pero los excelsos mártires sí eran incuestionablemente liberales. Ahora: ¿la magna guerra de emancipación americana qué fué sino el duelo de una esplendente aurora y una noche medrosa? Hace poco tiempo escribí en un artículo la célebre estrofa de Ricardo Carrasquilla, católico a macha martillo, conservador irreductible:

«Bolívar tumbó a los *godos*,
y desde ese infausto día
por un tirano que había
se hicieron tiranos todos!»

Sí; Bolívar tumbó a los *godos*. Porque los españoles llevaban este dictado en parte por ser herederos de los visigodos, una de las hordas que, como los Ostrogodos, provenientes de

Escitia se presentaron por el norte a despedazar el imperio romano. Supongo que conocéis la anécdota citada por el señor Canónigo de la catedral de Tunja, presbítero Cayo Leonidas Peñuela. Oídme, es así: alrededor de la hazaña del puente de Boyacá un soldado granadino vislumbró un escuadrón de españoles que iba rápidamente hácia los republicanos y, corriendo, se fué a buscar al General Bolívar para avisarle del peligro, lo cual efectuó en el estilo siguiente: «¡Mi General, le dijo a Bolívar, preparémonos porque allí vienen los godos!» El conspicuo historiógrafo Cornelio Hispano esplana semejantemente la mentalidad del Libertador. Liberal fué Martí, como lo fué Páez, como lo fué O'Higgins, como lo fué San Martín, como lo fué Hidalgo a pesar de su vestido talar. Por éso la gran Colombia, como Cuba, como Argentina, como Méjico representan hoy el fruto de un esfuerzo liberal. Confío en que todos vosotros estais enterados de los detalles que rodean el infame atentado contra el Mariscal Sucre. Pues bien: la investigación minuciosa e inteligente ha evidenciado que sus matadores no eran liberales: no podían, nó, ser liberales tan salvajes malhechores. Para más abundamiento debo explicaros que en la Corte de Madrid se estimó la revolución americana como un corolario de los enciclopedistas franceses, como una flor nacida del abono racionalista. I es conveniente sepais que Bolívar fué un rico joven que vivió en Europa y leyó y escudriñó la filosofía de entonces, o mejor, vió en París la espiga que produjeran, esbelta y bella, las obras de Rousseau y de Voltaire. Además, Napoleón al invadir a España no lo hizo porque sí. Este sabía de Bolívar, y el último, a su turno, sabía de Napoleón.

Ojeando la prehistoria puede verse de qué modo la humanidad fué aquilatando la comprensión de lo bueno y de lo malo, desprendida del sentimiento del dolor. El primero que procuró atenuar el sufrimiento individual tuvo precisamente que sentirse impulsado por la bondad, cualidad eminentemente liberal, como quiera que ningún liberal inventó jamás la hoguera, ni la guillotina, ni mucho menos imaginó el fuego eterno para quemar infelices criaturas incapaces de ofender en proporción a quien las creó a su imágen. Por consiguiente, las «Leyes de Manú», en la antiquísima y sabia India, tienen una gestación liberal. Aún todavía: si, según Víctor Cousin, las sectas llamadas heterodoxas tendían siempre a libertar al hombre de los males de la vida, esas ideas tenían, indudable, que llevar el sello de la liberalidad contra la barbarie. Considerando que la reconstrucción del idioma ario, inmensamente anterior al sanscrito, permitió a los orientalistas, como Hodgson, Collebroke, Burneuf descubrir la preciosa mina de la ciencia moral en la remotísima bibliografía de la Indo-China, la nación más antigua hasta donde alcanza la cronología, en donde el brahmanismo,

la primera religión conocida, sentó estos principios: 1º no matar sér viviente; 2º no robar; 3º no ser impuro; 4º no mentir, y 5º no embriagarse, tenemos entonces que el liberalismo es origen visible del cristianismo, lo uno porque el paganismo en general ha sido denominado por los Santos Padres y otros teólogos liberalismo puro, lo otro porque el decálogo actual fué tomado de los preceptos citados y de las doctrinas de Confucio y de Lao-Tseo.

Muchos dogmáticos insisten en sostener que el liberalismo no es otra cosa que un epicureismo utilitarista, en lo cual proceden a un tenor de falacia y sofisma, porque, de que el criterio libertario quiera el bien de la familia racional, de que pida para ella la plenitud de los derechos como contrapeso al cúmulo de deberes que le imponen el Estado y la sociedad, de que aspire sin tregua a que la pesadumbre agobiante de la existencia sea menos intensiva, de que defienda al débil contra el fuerte, de que recabe garantías para el niño y la mujer, de que procure que cada cerebro sea para cada cual una lámpara que le ilumine su camino, en fin, de que busque para todos una relativa y decente comodidad no se concluye que propale el deleite, la relajación, el libertinaje. Por éso el liberalismo no puede ser el veneno de los Borgias, ni el puñal de Kotsebue, ni la pistola de José de León Toral. El credo liberal profesa principios de razón: por éllo no hace, no puede hacer la prestidigitación de los milagros, aunque sí ofrece el maravilloso espectáculo de que, ante el coraje devastador de las inquisiciones, renace de continuo como el cisne de la leyenda y por cada Giordano Bruno sacrificado, surge un auténtico enjambre de nobles adalides dispuestos, por idénticas convicciones, a idénticas o más crueles torturas. He ahí diseñado por qué en Derecho penal es un reformador, un reivindicador, un taumaturgo desde la pretérita legislación de los fenicios hasta las escuelas experimental y antropológica modernas con Beccaria, Pessina, Ferri, Krause. Mal podía, por tanto, prohijar la pena de muerte porque no es tan hosado que pretenda desconocerle a la Naturaleza su privilegio privativo. A él se le debe la reforma de las cárceles y de los hospicios con Sismondi y Droz. — En Derecho civil el liberalismo ha recabado en todo tiempo y lugar desde Papiniano, Brisson y Farinaccio hasta la actualidad, profundas reconstrucciones como la supresión de la pena carcelaria por deudas, el relativo reconocimiento de los hijos naturales que también son personas, los dictados sobre hipoteca y crédito agrícolas, los seguros para los obreros, la potestad de la huelga, la separación de bienes, el testamento militar, en una palabra, la abolición de toda esclavitud. — Los avances de la instrucción y educación públicas le pertenecen por entero al liberalismo en los cuatro puntos cardinales del planeta, y si nó, para muestra,

¿a dónde se encamina la instrucción gratuita y obligatoria?— En Derecho internacional ha laborado intensamente el liberalismo desde Antalcidas, pasando por la anulación de la Santa Alianza hasta llegar a la altura del arbitraje actual. En Ciencias políticas ha predicado la soberanía de los Estados, el sufragio general, la separación de los poderes públicos, la reforma del servicio en el ejército, la responsabilidad de los funcionarios, en síntesis, la doctrina republicana. De ahí que los vendedores de Panamá no podían ser liberales; de ahí que los alzadores de caudales oficiales no podían ser liberales; de ahí que los prevaricadores no puedan ser liberales.— En filosofía representa el liberalismo toda la ciencia desde el atomismo y el dinamismo hasta la ley de gravedad reformada por Einstein, desde el sistema ontológico de Wolf hasta la teoría moderna del naturalismo positivista, desde Aristóteles hasta Bergson. La milicia de los escolásticos ha emborronado papel por millares de resmas y hecho correr caudalosos ríos de tinta única y exclusivamente para menguar o embotar el sentido común de los hombres, es decir, para quitarles un dón natural de forzosa necesidad en su orientación psico-biológica, para lo cual han esgrimido argumentos tan insulsos y atrevidos como el de Josué al detener el sol, como el de que al sér absolutamente inmutable no se le repugna la mudanza extrínseca, como el de que la opinión de los pueblos no es fundamento de moralidad, como el tradicionalismo, como el origen de la autoridad!! Mas poco a poco la paleontología, la cosmografía, la geología, la anatomía, la química y la física han vuelto trizas tales prejuicios y sentado en su trono el «*intelectum curiosum*», el instinto de investigación.

Copartidarios! Los momentos presentes de nuestro país son hondamente trascendentales: en ellos se esconde el porvenir. La Patria invoca urgentemente la acción oportuna de sus buenos hijos para impedir que el buho retorne a su posición acostumbrada de ayer, para coronar el derrotero que ha de llevar a los colombianos, en aras del honor y la virtud, hácia el mañana de las revaluaciones. Hoy son pecados graves en nosotros la inercia y el silencio. Yá lo dijo alguien: «Hay veces que el silencio no se conforma con ser corrompido, sino que aspiran a matar a quien las toque. En los momentos de peligro el silencio del pensador es una traición a la verdad». Armando Solano ha escrito que el valor civil no es un signo de ferocidad, sino una fuerza vigilante y resuelta que no llega a los extremos sino exclusivamente hostigada por el abuso o por la tiranía». Al conservatismo es aplicable por analogía, en el sentido de sus graves errores que lo hicieron caer, aquello que pensó Gutiérrez Nájera: «El hombre cree que bebe la copa, y se engaña, porque la copa lo bebe a él. Este la vacía primero

de un solo trago, pero la copa cobra lo que perdió y el hombre tiene que llenarla con algo de su entendimiento, con algo de su corazón, con algo de su alma». I esa copa es el pueblo martirizado y escarnecido, el pueblo humilde y sufrido que ha menester sacudir el enorme sudario que lo inmoviliza. Nosotros debemos hacer del liberalismo activo lo que John Keats gritó del amor: «Tú eres el único artículo de mi fé». Nos corresponde enseñarle al ciudadano el goce de la ordenada libertad por medio del sufragio, que es ahorita el primordial de todos los deberes. Sí; porque conforme dijo una vez el rector de la Universidad Central del Ecuador, doctor Tobar, «educar civilmente a un individuo es hacer de un esqueleto físico un hombre». El debate eleccionario es una plena campaña, y como tal, nos obliga a prever todo lo que el enemigo pueda hacer para dañarnos con su astucia, o su ilegalidad, o su arteria. No convengamos, de ninguna manera, en que nuestros adversarios nos arrebatan el triunfo, pues, más tarde sería como para nosotros, por cobardes o indolentes, la sentencia de R. Blanco Fombona: «Ante la alegría de los demás uno comprende la profundidad de su tristeza. Un alma sin ideal es un yermo: no florecerá nunca». Sí; es preciso triunfar, con clamor apremiante, para no tener muy pronto que sentir nuestras carnes vapuladas con mayor crudeza por el látigo inmisericorde de los conservadores. Sí; porque después, ya demasiado tarde, tendríamos que llorar con la frase de Martínez Sierra: «Es muy difícil restañar las heridas, es imposible seguir viviendo si no queda otra nave para la esperanza». Los ojos de la América entera están sobre nosotros, y el mundo aguarda de los liberales colombianos una efectiva demostración de virilidad para acabar de cimentar la República sobre el pedestal de la edad contemporánea. Gabriel D'Anunzio enseña: «No te sustraigas a las batallas de la vida: lucha, sí; lucha!» Nuestros contrincantes ensordecen nuestros oídos con la vieja cantinela de su mayoría numérica, pero no quieren entender que nosotros tenemos íntima conciencia de nuestro ardor incontrastable, e ignoran el empuje irresistible de nuestra decisión. Hay una gran diferencia que influye incuestionablemente en el éxito de los combates, en sentir de Wilson, entre el soldado que va de simple mercenario o de recluta y aquel que va a afrontar el sacrificio porque lo empuja un ideal que le brota de las venas. Y sírvanos de estela en el fragor de la brega la voz alentadora de José María de Pereda: «Sobre la roca solitaria de los mares pasa la furia de los vientos desencadenados, y las olas la flagelan con su azote, cuyas espumas escalan el vacío y se difunden en plomizos nubarrones que se desgajan del cielo preñados de tinieblas... pero es una ley inexorable que la ira de los vientos ha de calmarse luego, que las aguas volverán a aquietarse y que en el horizonte, más despejado y límpido, ha de brillar de nuevo por sobre todo, el sol».

Pamplona, noviembre 28 de 1.930.

Copartidarios:

Nuevamente me traeis a esta tribuna, y yo, a mi vez, he de seguir explicandoos por qué soy liberal, procurando como de costumbre, acompañar los vocablos con argumentos.

Es y será imposible que los Estados carezcan de la balanza de los partidos políticos que originan el equilibrio nacional cuando son constitucionales o bien organizados. Ningún sociólogo, ningún estadista ha podido jamás elaborar un programa administrativo que prescindiera de las fuerzas divergentes populares porque éso es una ley de la Naturaleza: tiene que haber diversidad de potencia física como de potencia cerebral puesto que vivimos dentro de la multiplicidad de la energía, factor principal de la belleza real que nos circunda. La lucha, pues, es una necesidad ya que la idea del bien, filosóficamente aplicada al aspecto práctico del deseo humano, es enérgica y envuelve toda especie de obtención para el anhelo individual. Pero hay una gran diferencia entre el batallar de la edad cavernaria, el de la edad de hierro, el del medio evo y el de nuestros días. Hoy la civilización a que hemos llegado en el mundo puede bajar la gradación en el termómetro del debate ideológico y de sus efectos en lo aplicativo. Así como se han ido suprimiendo instrumentos combativos como la honda, como la pica, como la lanza y como la cimitarra, así también el estadio contemporáneo es el de los caballeros. Por tanto, toda arma ruda es, por anacrónica, cobarde y ruin. De ahí que Rubén Darío escribiera:

«Los escritores casurros
que escriben y nos dan ascos,
-ésos tienen cuatro cascos-
como los burros».

De ahí que la mente conceptúe, llanamente, que la espada es ya una simple curiosidad legendaria, que podemos ir al campo eleccionario como a un altar donde palpita la soberanía de la República como fueron los castellanos al artístico torneo en torno de la dama, pero sin el brillar desafiante del acero toledano que exprimiera las arterias de la gente ibera. Mas, igualmente creo que para éllo es necesario que en cada cual sea una verdadera convicción el respeto profundo a la opinión ajena y el carácter suficiente para saber bregar por un principio que bulle en el cerebro y que en el palpitar del corazón representa para toda persona su aspiración y su esperanza.

El liberalismo está hecho a base de gratitud al pasado y de reverencia al futuro: su lábaro es el mañana, el mañana repleto de luz que por igual ilumina los sepulcros de nuestros próceres y las cunas adorables en donde se incuba el porvenir. El liberalismo nacional es a manera de un águila gigante que abre sus alas para amparar a todos, absolutamente a todos los hijos de Colombia, como que todos llevamos en las venas la burbuja radiante de aquellos superhombres que rompieron la niebla de esos trescientos años para que las generaciones que vinieran después pudieran embriagar sus pupilas recién abiertas con el prístino sol que alumbra las conciencias.

Los rojos y los azules debiéramos estar de acuerdo en que ya pasaron las épocas bravías en defensa de doctrinas opuestas, en que ahora no es el mismo ese incentivo que arrojara las masas de la mies colonial en revuelto maramagnum de hecatombe horrorosa, en que la ardientia del trópico ha venido puliéndose con la piedra pómez de la civilidad, en que no podemos pedir en la tribuna un Camilo Torres, un Acevedo Gómez o un Rojas Garrido porque sepultos están los motivos que forjaran las constituciones de Cúcuta, Angostura, Rionegro, en que así como el 17 de diciembre vamos a descubrir nuestras cabezas con el más intenso de los acatamientos, así deberíamos entender la luminosidad de este instante en la vida republicana para olvidar por un momento el hórrido calvario de la bandería y evocar una tregua de silencio en el volcán interior del sectarismo a objeto de que en cambio de una rosa sangrante surja del alma colectiva la rosa blanca de la fraternidad. Pero nó, el conservadorismo no lo quiere así. En su idiosincracia no han podido echar raíces el principio de la armonía ni el dictamen de la igualdad legal. Sus ojos han vivido muchas décadas en la penumbra, y les ciega la luz, sus manos están aún tibias con la sangre liberal, y no pueden lavarse en un minuto para purificarlas en la clara fuente del buen sentido. Nó! El conservatismo tiene sus ídolos de los cuales no quiere desprenderse porque supone, con terror, que sin ellos perecería: el yatagán, los grillos, el cepo, el sistema tributario, la horca moral del pensamiento, el humo gratísimo de la pólvora, el dulce compañerismo de la gavilla agresiva y el olor de la mugre que cosechan en su inmenso abandono las clases proletarias. Pero quéde constancia explícita y rotunda de que nuestro Partido sí busca y quiere la paz, la única paz posible: la que se funda en el reconocimiento estricto a todo derecho ajeno.

El liberalismo patrio ha vivido siempre del trabajo ora agrícola, ora comercial, ora artístico, ora intelectual. El uno ha hecho del otro su inspiración, su dignidad, su inconfundible yo. Por ésto ignora las encrucijadas donde se tramán los crímenes más monstruosos en aras del Poder. I de la misma ma-

nera como a los señores conservadores les va a ser supremamente difícil despojarse de su soberbia jactancia de amos, de ese ofensivo aire de magnates, de esa altanería que convertía las oficinas públicas en el antro de los grandes patanes, les va a ser doloroso abandonar el afrontoso vicio de la holgazanería. Cómo no, si en medio siglo sus organismos se adaptaron a esa segunda naturaleza que les proporcionaran los dineros del infeliz contribuyente, la sumisión irrestrita de la doliente caravana liberal que apenas para ellos hacía del sacratísimo sudor de sus honradas frentes el champagné con que aquéllos se embriagaban, el fru-fru de las sedas de sus concubinas desde el bobalicón Núñez que hasta el pontificado llevó la baba de su inmoralidad. Cómo nó, si los alaridos de los presidios feudatarios eran acallados por el choque de los dados y los naipes, si el violento ultraje al honor de los hogares era extinguido por la cruel risotada de los absolutistas.

El conservatismo desea fosilizarse, y guarda solícito en su recuerdo con intento de imitar per æternitate, el levantamiento fanático de Pasto en 1.839. Adora el quietismo de los bonzos, sus hermanos espirituales. Para él valen mucho más la pereza y la inacción sintetizadas en forma de empleomanía, que la constancia, el tacto y el desvelo de un cumplido y honorable batallador liberal. Le son muy agradables el látigo autoritario y abusivo del padre sobre su débil retoño, el peso de la corona de un rey sobre la espalda lacerada de un vasallo, el estruendo de una bota militar sobre una ténue gorra de recluta, la punta de una bayoneta que desgarrar la garganta que pretendía gritar su pena o su infortunio, el culatazo de un mausser sobre el indefenso pié que proyectara dar un paso hacia el perfeccionamiento civil, el vaivén de una llama que destruye un libro o un periódico, en fin . . . la elegancia de una sogá que en connivencia con la rama de un árbol detiene las burbujas de aire que pedían los bronquios de un organismo que había formado Dios!

La falange conservadora ha sabido en toda ocasión aplaudir frenéticamente hechos como el de Saturno al devorar todos los hijos que le iban naciendo a su consorte; el formidable tridente de Neptuno que aplaca irremediabilmente todas las tormentas, por más que ellas dependan de inexorables leyes astronómicas, v. gr., como las faces de la luna; la cola y los cuernos de Baco, quien no solo fué el progenitor de los silenos o Sátiros, sino que sabe bailar donosamente sobre las calaveras de Barrocolorado y de las Bananeras. Para el conservatismo son muy gratos manjares: los lamentos fúnebres del Campo Seleratus en donde eran sacrificadas las vestales; la ferocidad de Atreo; las crueldades de un dios Fornao, el jefe del antiguo infierno japonés. Para él son deidades reverenciales Sugaitoin, el símbolo de todo mal en la Tartaria; Zeomeberg, la personificación de la maldad en

Esclavonia, el numen enemigo declarado del género humano; Yoia, en la Florida, a cuyas plantas las madres ofrendaban la sangre hirviente de sus hijas; Quetsalcoatl, en Centroamérica, que no se aplacaba hasta que no le sacrificaban un grupo de niños, y Aguián, genio de la barbarie en el Brasil, el cual devoraba hasta los huesos de sus víctimas.

El doctor José María Quijano Wal'is decía en 1895 desde Francia, que el partido conservador en Colombia se había dedicado tesoneramente a la tarea de dividirla en dos parcialidades políticas mortalmente enemigas, en dos castas opuestas, en dos razas irreconciliables como los castellanos y los sarracenos, sin importarle un comino la gravedad de las consecuencias aun cuando ellas destruyeran por completo los cimientos de la Nacionalidad. Ahora: ¿quereis ver cómo, hasta qué punto ésta es amada por el liberalismo? Pues bien: una muestra: el director de nuestra colectividad en Boyacá, doctor don José Joaquín Vargas, era magistrado del tribunal de Tunja cuando el depravado traidor de El Cabrero hizo rumbo a la Regeneración. Pretendió entonces engañar al noble caudillo y consideró fácil seducirle con promesas y empleos; inmediatamente el doctor Vargas le botó a la calle, como a un perro, su nombramiento de magistrado, se retiró a su humilde vivienda y murió en una pobreza inmaculada. Es así como el honor mata al hambre.

El conservatismo acaricia la sombra por instinto, desconfía hasta de los lampos de un arbol, así como el enfermo deshauciado no quisiera ni el rayo de una bujía para contemplar de vista la carcoma extendida de su llaga moral. Y si alguien predice que vendrá un día . . . , que en las altas cimas se nota una claridad como de aurora, sobrecogido de espanto por la huida que proyecta la bendita oscuridad, niega el fenómeno, se aferra al rutinarismo de la costumbre atávica y la llama desorbitado con las palabras de Julieta a Romeo:

«Cómo! ¿Ya quieres irte? Aun tarda el día.

Bien sé que matutina luz no es ésta:

quédate aquí conmigo todavía!»

Colombia es un país riquísimo en productos naturales. Sí; pero sus minas de oro, como las de Supía y Marmato; sus minas de esmeraldas, como la de Muzo; sus minas de platino, como las del Chocó; sus minas de sal, como la de Zipaquirá & &. solamente han servido para empobrecernos, para corrompernos, para envilecernos en manos de los conservadores hasta el punto de que nadie puede imaginar actualmente cómo podremos pagar las cuantiosas deudas que nos legan sus gobiernos. En cambio, para ejemplo del reverso, un botón: ¿Sabeis a quien se le debe el ferrocarril de Cúcuta? Al prestigioso liberal doctor don Fosi6n Soto, sin un solo centavo de auxilio oficial. Mientras unas nauseabundas nulidades rumiaban su glotonería y su

raterismo en los ministerios; en las gobernaciones, en los congresos y en las Asambleas, los distinguidos prestigiosos liberales laboraban sin ruido. . . .

Una anécdota: Si no recuerdo mal, por ahí en 1.893 escribió Rafael Pombo un artículo crítico sobre el señor José Manuel Marroquín, (a quien las almas de los cien mil muertos de la postrera contienda armada hayan perdonado su tremenda mala fé y terquedad, como que fué el directo responsable de la dura prolongación de ella). Pues bien: al rededor de la fecha supracitada Marroquín era director de la Academia colombiana de la lengua, pero la corporación no funcionaba a causa de tanto ajeteo político; entonces Pombo se dedicó a solicitarle que reorganizara otra vez tal entidad, a lo cual le contestó finalmente el verdugo de Sanclemente: «Amigo: creo sinceramente que no puede haber Academias ni literatura en Colombia mientras gobierne el partido conservador». ¡Que retrato de bulto entero para un bando, señores!

En 45 años de desgobierno el crimen se hizo legal, cual dijera Boileau, y cesó de ser crimen, y la ambición descarada fué tenida por una sublime virtud. A mis manos llegó un bien escrito folleto del doctor Laureano Gómez acerca de la negociación Roa - Duncan, sobre el ferrocarril de Girardot. ¡Qué intensa fué la impresión que en mí dejara ese relato que fustiga los hombros impúdicos de Jorge Roa, ese mismo sujeto que en calidad de Ministro de Guerra dijera en cierta oportunidad ante el Congreso: «Si yo observare una grieta en las filas conservadoras, allí pondré mi fusil para impedir su caída». Mal profeta. Pues bien: el famoso tribuno doctor Gómez habla así, exactamente, «Los pésimos gobiernos conservadores han sido un disolvente de nuestra energía, un ácido corrosivo de nuestro poder y nuestra gloria. Hemos visto mutiladas todas nuestras fronteras y afrentada nuestra soberanía». ¡Bonitas palabras en boca de un conservador educado por los jesuitas!

Lástima que la celeridad del tiempo no me permita analizar algunas páginas de historia política, como el duelo oratorio de Miguel Antonio Caro y Guillermo Valencia, como las cartas de Carlos Holguín, como los escritos pertinentes de Carlos Martínez Silva, como los 40 días en un Ministerio de Pedro Nel Ospina, como la silueta parlamentaria de José Vicente Concha al borde de la tempestad del 99 & .& ., todo lo cual confirmaría nítidamente el hondo dictado de Juan de Dios Uribe cuando denominó «bebedores de sangre humana» a los conservadores, y que atestiguaría la profunda génesis de la actitud que asumiera el primoroso e inolvidable Julio Flórez para acabar de denostarlos en la odiosa figura del chacal Fernández cuando éste le ordenó a la policía rondar el inocuo aposento al apolonia y arrojarle luego a la calle, destrozadas y mutiladas, sus inmortales guirnaldas de laurel «coronas que no estaban empa-

padas, cual las suyas, en sangre, llanto y hiel!»

Este pueblo acribillado por todos los dolores y a quien ha sido tan difícil infundirle nuevamente la alegría fresca del vivir, este pueblo maltrecho que bien pudiera hacer suya la frase de Bourget cuando dijo: «¿Qué queréis de mí?; si todo lo veo triste!», este pueblo que es el producto de esos propios 45 años de cristiana esclavitud, es semejante a aquel criado de que nos habla Pompeyo Gener cuando escribe: «Así que me percaté perfectamente de que mi criado no quería nunca salir de su indolencia, al reprenderle yo su abandono, me respondió apenas con un dejo de amargura: «Perdón, señor, es que yo ya nací cansado».

Copartidarios!

¡Qué negra, qué larga, que fría la noche del liberalismo en estos nueve lustros de vencimiento! Si, según Aníbal Galindo toda la historia política de Colombia se reduce a dos simples capítulos, el de la lucha por la independencia y el de la lucha por la libertad, a qué subido precio nos ha costado esta última, supuesto que, parodiando a Pío y Arzuaga, mientras más estrellas brillaban en el cielo del liberalismo, más negra era su noche. Sí, porque esas estrellas iban cayendo lenta, pero seguramente, como cayó Rafael Uribe....

El gobierno nacional que se inició el 7 de agosto retropróximo es a manera de una recordación de aquel pasaje que se refiere de algún ministro Francés: En cierta fecha se presentó un desgraciado artesano desfalleciente de inanición y apenas pudo decirle al Ministro: «Frío y hambre, excelencia!», a lo cual repuso éste con expresiva cortesía y diligencia: «Calor y pan!». Sí, calor y pan son al presente lo que pide a voces el pueblo colombiano; sí, el calor que infunda la plenitud del derecho de ciudadanía, y el pan que reconstituya esta raza al borde de la atrofía. Sí, calor y pan para el anciano que desfallece, para la mujer que se aproxima al abismo, para el niño que sucumbe sin remedio, para el padre que en su desespero encuentra el manicomio, para la madre que siente el hielo de la tumba, para el trabajador que se hace criminal...!

Copartidarios!

El cariño de nuestra Colectividad hacia el terruño es tan puro como el de un párvulo hacia su genitora, tan sublimado como el rumor de un arroyo, tan diáfano como el espejo de un lago, tan sentido y efusivo como el cantar de las aves. Es por esa causa por lo que su concepto de Patria es tan hondo y penetrante que tiene la blancura de los nevados perpetuos, la serenidad de las cumbres, la majestad de los cóndores y la

pompa de las frondas. La Patria, -oh!- la Patria es éso que estamos hoy obligados a defender a cualquier trance, el rincón primoroso donde hemos nacido, el recinto donde caerá nuestro cuerpo para siempre. Ya llega la hora del peligro: en las urnas de febrero venidero ha de jugarse la suerte definitiva de ella. Sí; pues allá iremos en formidable mayoría, con la mirada alta, con la frente erguida, con el espíritu rebosante de entusiasmo gentil. Sí, porque la Patria es para el liberalismo el mejor de los afectos, y la bandera que la simboliza no ha podido ser loada con acentos tan sentidos como los que rimara un poeta liberal:

«La sangre por los mártires vertida
que cuajara en sus mármoles la historia,
su epopeya, sus dianas de victoria
por la voz de los siglos repetida. . . .
Todo lo grande que en el alma impera,
todo lo noble que la mente inflama
tal es para mi pueblo la bandera!»

Pamplona, Diciembre 12 de 1930.



Nutrida concurrencia!

Las voces unánimes que salen de entre vosotros exigiendo mi presencia en la tribuna, no se pueden desatender.

El partido liberal estuvo proscrito del Poder en 45 años porque, entre otras causas, no supo estimular sus mejores hombres, que eran su energía propia, pues, éso, sencillamente, fué el voltearle la espalda un mentido civilismo a la iniciativa del doctor Villar en Bucaramanga y luego al heroísmo de la revolución que, con un puñado de titanes, consiguió para nosotros la representación de las minorías, la cooperación en el gobierno y el Acto legislativo número 3 del 1.910. Es por éso por lo que si á nuestros oídos de patriotas suena marcialmente el prestigioso nombre del prócer Abdón Calderón en la batalla de Pichincha, tienen que sonar también, con agradable complacencia, los nombres de Zuleta y Peralonso.

El liberalismo tuvo que sobrellevar la carga de la tiranía abrumadora porque no supo escoger sus representaciones, o mejor, porque su idiosincracia infantil o adormecida le impedía seleccionar el personal, po que dejaba sus curules vacías, lamentablemente vacías, sin un coloso que se opusiera a otro coloso conservador, sin un filósofo que contestara golpe a golpe al sofista conservador, sin un tribuno macizo, sabio y dialéctico que confundiera a los charlatanes conservadores. Es verdad, sí, que hemos tenido en las Cámaras prestizios como Antonio J. Restrepo, como Botero Saldarriaga & ., pero no supimos orientarlos, ni unir sus arrestos, sino que en desconcertante división o incomprensión, se desperdiciaba el fruto de sus actividades.

Yo he creído siempre, con penetrante convicción, que el liberalismo necesita urgentemente una tribuna ante cada tribuna de los enemigos, un gladiador frente a otro gladiador, un cerebro frente a otro y, por sobre todo, un carácter, sí, un carácter frente a todos los conservadores.

Es apremiantemente necesario probarle al país la inmensa diferencia de capacidades entre unos y otros para que comprenda latamente qué partido cuenta con mejores modeladores para gobernarlo eficiente y democráticamente. Y así como para los regeneradores ciertas nulidades suyas son tenidas por efectivos prodigios, por magnates del saber y del arte del gobierno, así el liberalismo debe ofrecer el soberbio y definitivo espectáculo de probar que los ídolos azules no son de tan fino

metal como lo predicaban sus correligionarios, sino de barro, de burdo y frágil barro. Así, señores, veremos cómo ante el empuje avasallador, incontrastable, de verdaderos y preparados tribunales liberales, quedarán pulverizadas, lastimosamente pulverizadas, en el mortero del análisis, las figuras quijotescas de los Memos y de los Carrascales. Así, señores, quedará para siempre levantado el prestigio liberal y ocuparán la virtud, la honradez, la dignidad y la ilustración ese altar de la opinión pública que hasta hoy fué asaltado por la petulancia, por la ignorancia, por la testarudez, por el cinismo y el robo conservadores. Así, señores, veremos, satisfechos y orgullosos, el imponente duelo entre la tiniebla y el alba, entre la deshonra y el honor, entre la mentira y la verdad, entre la escoria y el cristal y tendremos la indescriptible alegría de observar el derrumbe de todo un andamiaje de corrupción, despedazado por las garras implacables de un águila poderosa: la elocuencia liberal.

Pueblo valeroso!

Vuestra exigencia fué para mí un mandato y debía, por tanto, ocupar este sitio. Me llamais aquí tal vez porque comprendéis que soy de vuestro seno, que llevo entre mi pecho el cariño hirviente por todos los humildes que han sido en todo tiempo el blanco de los tiros certeros de los déspotas, la túnica que juegan en subasta los politicastos. Yo he sentido muy hondo desde mi infancia, como sentís vosotros, un afecto profundo por esta tierra en donde hemos nacido, sé de sobra lo que es vuestro batallar contra los elementos de la naturaleza para buscar el sustento, conozco íntimamente las oscilaciones del alma popular como quiera que sus tristezas las he experimentado y sus placeres también han sido míos. En las metrópolis, en los palacios y en las cortes ignoran en absoluto lo que significa el sudor aquilatado y sagradísimo de vuestras frentes, lo que es el quejido que os arranca el brusco tropiezo en los guijarros del sendero, lo que es el estertor de un sér querido que muere entre las escaseces de una choza, lo que es el desangre que produce en vuestros cuerpos la impulsividad de un puñal o de una bala, lo que es la angustia incontenible de ir en solicitud de un céntimo que no se vé por ningún lado, lo que es sentir la mente enloquecida por el espectáculo de las caritas demacradas por el hambre en esos primorosos niñitos que son las pulsaciones mismas de vuestro corazón. Hacedis bien en llamarme para que os hable, supuesto que mi voz es la vuestra porque en las vibraciones de ella caben todas las viacrucis, todos los infortunios, todos los sollozos, todas las lágrimas que os ha arrancado el Destino en la existencia. Hacedis bien en llamarme, porque siempre he estado con vosotros al borde del peligro por el divino tesoro de nuestras ideas, porque en toda emergencia política ha estado lista mi sangre para confundirse con la